

**CUENTO N° 9**

**TÍTULO: DIOS ES MI COPILOTO**

**SEUDÓNIMO: ROBIN BUS**

**AUTOR: IVÁN OSVALDO ESPINOZA RIESCO**

## **DIOS ES MI COPILOTO**

Hoy enterramos a papá en el Cementerio General. Fue mucha gente, familiares, amigos, vecinos y un grupo de sus colegas. Muchos lloraron cuando algunas personas hablaron para despedirlo, o cuando el cura hizo un responso, pero muchos más lloraron cuando mi hermana chica dejó un clavel sobre la urna, y casi todos lloraron cuando bajaron el ataúd de madera brillante a la fosa mediante unas cuerdas. Y siguieron llorando tras las primeras paladas de tierra de los panteoneros, y cuando lo cubrieron con las coronas y los ramos de flores. Mamá no lloró porque estaba dopada y apenas se sostenía en pie. Yo tampoco lloré, de pura rabia y vergüenza. Al final, después de la ceremonia fúnebre, nos pidieron que nos pusiéramos en la puerta de salida del cementerio y todos nos dieron el pésame, a mamá, a mí y a mis hermanas chicas. Una tía me dijo: “ahora tú eres el hombre de la casa, Panchito”. “¿El hombre de la casa?”, pensé, pero si tengo apenas quince años y no quiero ser el hombre de la casa. Después nos fuimos hasta el barrio donde vivíamos en la misma micro que manejaba papá.

A papá lo asaltaron dos delincuentes y le robaron todas las monedas que llevaba en su caja de madera y los billetes que guardaba en el bolsillo de su camisa. Y lo mataron porque opuso resistencia, eso dijeron en las noticias. Después de robarle todo el dinero que llevaba, más su reloj y la argolla de matrimonio, lo apuñalaron en el pecho y le tajearon la cara. Lo dejaron desangrándose sentado en su silla de chofer, recostado sobre el volante, solo a dos cuadras del terminal de las micros, donde iba a entregar la “máquina” y la recaudación del día después de hacer su último recorrido.

Mi papá siempre fue chofer de micros. Desde antes que yo naciera. Y yo nací el año 1955. Trabajó con distintos patrones y haciendo diferentes recorridos: Estuvo en la Matadero-Palma, en la Recoleta-Lira, en la Ovalle-Negrete, en la Golf-Matucana y terminó en la línea O'Higgins 1, que después de muchas vueltas atravesaba la Alameda desde la Plaza Italia hasta la Estación Central.

Los fines de semana acompañaba a papá a dar un par de vueltas en la micro. Yo lo esperaba en la calle San Joaquín, frente a los bloques donde vivíamos, a una hora determinada con la bolsita de la merienda. Mamá me daba un termo con café y un par de emparedados para que papá comiera algo, ya que trabajaba todo el día. Yo me sentaba a su lado, en un rinconcito, y observaba todo con mucho interés, miraba a la gente, el flujo de vehículos, los edificios del centro, los letreros luminosos, pero sobre todo la destreza de papá para cortar el boleto con una mano, recibir el dinero, abrir la puerta trasera cuando un pasajero anunciaba su bajada tirando la cuerda que accionaba una campanilla (“Ojo, tire y suelte” decía sobre la puerta), para ir ordenando, mientras conducía o en las luces rojas del semáforo, las monedas de su cajita de madera en unas ranuras de la parte superior para dar el vuelto, para decir, mirando por el espejo retrovisor: “Por favor, avancen por el pasillo”, cuando la micro se empezaba a llenar. Lo admiraba por todo lo que era capaz de hacer. Era un campeón del volante, papá. Y era amable, nunca peleaba con los pasajeros, ni se enojaba cuando le gritaban de los asientos traseros: ¡Ya po, machucao, apura la carreta!, o cuando una señora le reclamaba si aceleraba un poco: “¡No corra tanto, pues oiga, si no somos animales!”.

Papá llevaba trabajando unos cinco años en la O'Higgins 1, conduciendo siempre la misma "máquina". Y como estaba más horas del día arriba de la micro que en la casa, adornaba su entorno inmediato con las cosas que más le gustaban, con calcomanías, con estampas de santos, con algunos flecos y luces brillantes en el espejo retrovisor, con una pelota de azul brillante sobre la palanca de los cambios, con un perrito de plástico que movía la cabeza, con una fotos de mamá y de nosotros en un marquito de madera, con un banderín del Colo Colo, con un zapato de guagua colgando sobre su cabeza y un letrerito pintado a mano que decía "Dios es mi copiloto".

Don Rodrigo, el patrón de papá y dueño de cinco máquinas de la línea O'Higgins 1, era un hombre generoso. Ayer llegó al departamento, donde velábamos a papá, con tres choferes de la línea, trayendo una corona de flores, y se quedaron un rato mientras unas vecinas rezaban el Rosario. Tomaron café y comieron galletas, después de mirar a papá a través del vidrio de la urna y mover la cabeza, muy acongojados. Don Rodrigo nos llamó, a mamá y a mí aparte y le entregó a ella un sobre con dinero que habían reunido todos sus colegas. Mamá volvió a llorar y entre lágrimas le agradeció. Más tarde hablaremos de una oferta de trabajo que tengo para usted, señora, le dijo. Después me llevó afuera del departamento, al balcón, y me ofreció un cigarrillo. Lo acepté. Yo fumaba desde los catorce y ya podía aspirar el humo sin toser. "Dónde estudias, hijo", me preguntó. "En la industrial de Puente Alto", le respondí. "Quiero que trabajes con nosotros los fines de semana, en el terminal, para hacer aseo y los mandados, como *junior*, eso sería por mientras ¿te interesa?". "Sí", le respondí, "gracias, don Rodrigo". "Lo otro", dijo él, bajando la voz y en

tono confidencial: “Los ratis pillaron a los hijos de puta que mataron a tu papá, dicen que los molieron a palos y los pelaron al rape antes de llevarlos al juzgado, recuperaron el reloj y la argolla de oro. Tu mamá tendrá que retirar las especies en el tribunal. Por lo menos estarán quince años tras las rejas los malditos”. Luego me extendió un envoltorio de papel que contenía algo plano y liviano, no muy grande, que sacó de un maletón de cuero café. “Esto es para ti”, me dijo, “ábrelo”. Se lo recibí y lo abrí, sosteniendo el cigarrillo en la comisura de los labios, como un experto; era el cartelito pintado que decía “Dios es mi copiloto”, “tu papá lo llevaba siempre en su máquina”, agregó. Le di una buena jalada al cigarrillo, aspiré el humo y dije con voz ronca: “Su copiloto lo abandonó”. Lo dije muy convencido y sin llorar.